



LA POLÍTICA: CRISIS Y ESPERANZA

DICIEMBRE 2024



LA POLÍTICA: CRISIS Y ESPERANZA

DICIEMBRE 2024

Patrocinado por:



Hacer con

Contenido

Presentación.....5

Participar en política es imprescindible y puede ser hermoso9
Sergio Micco Aguayo

La democracia en peligro y como peligro.....27
Eugenio Yáñez Rojas

El bien común: el menos común de los bienes37
Juan Ignacio Rodríguez S.B.

¿Qué es la ideología?: orígenes y naturaleza47
Mariano Bartoli Presas

Algunas consideraciones en torno al populismo63
Maximiliano Yáñez Gutiérrez

Presentación

“La policía asestó un duro golpe al crimen organizado: el Congreso en pleno fue detenido”. Este lapidario grafiti representa el sentir de miles de ciudadanos (no solo chilenos) con respecto a la política. La encuesta Bicentenario UC del 2023 y 2024 arrojó que sólo un 1% de la población confía en los partidos políticos y en los parlamentarios. La desconfianza y el desprestigio de la política y de los políticos es una pésima noticia para el país y para la democracia, pues mal nos pese, esta última requiere de la política en sus múltiples expresiones. Es una peligrosa ilusión pensar que se puede organizar y desarrollar la sociedad sin la actividad política. La “despolitización” de la sociedad es caldo de cultivo para el populismo (ver artículo de Maximiliano Yáñez) y atenta contra una justa

concepción del bien común (véase artículo de Juan Ignacio Rodríguez). Necesitamos de una buena política y por proyección se requiere de políticos justos y prudentes (véase artículo de Sergio Micco). Si la democracia no se sostiene sobre sólidos principios antropológicos y éticos, privándola, de este modo, de su energía espiritual y reduciéndola a sus mecanismos, no solo corre peligro, sino que, además, se convierte en un peligro (véase artículo de Eugenio Yáñez), porque una sociedad sin valores es presa fácil de las más diversas ideologías (véase artículo de Mariano Bartoli).

En este segundo cuadernillo dedicado a “lo político” no pretendemos sumarnos al coro popular que rechaza, crítica o denosta la política. No queremos ser corifeos de esta crisis de la política, sino aportar a su superación, recordando los antiguos principios y conceptos claves sobre los cuales se construye una sociedad sana. Esto no significa defender a los políticos (en especial a aquellos que no hacen “la pega”), sino a “la” política en sentido amplio, a saber, como una prudente preocupación por el bien común. Ya sea que la entendamos en su sentido lato, o en un sentido más restrictivo, como aquella actividad profesional, propia de los políticos, es una actividad de la cual no se debe prescindir. Más allá del rechazo o indiferencia de muchos ciudadanos (especialmente los jóvenes), ella es imprescindible para el buen gobierno. De este modo, la pretensión de algunos sectores de eliminarla, se convierte en una peligrosa ilusión.

Al ser la política un saber moral, no solo perfecciona la polis, sino también a quien realiza la acción, en consecuencia, los medios encaminados al fin deben ser moralmente legítimos, porque el medio es ya el fin que se está haciendo. En este contexto, el fin de del Estado, por ejemplo, no es solo ejercer el monopolio de la fuerza, o garantizar una existencia material digna a todos los ciudadanos, sino también una vida virtuosa a todos ellos. En otras palabras, el buen Estado permite a cada ciudadano practicar lo mejor posible las virtudes cardinales y sociales, necesarias para alcanzar su fin último.

EL EDITOR

Participar en política es imprescindible y puede ser hermoso

Sergio Micco Aguayo*

Introducción.

La política es hoy, para muchos, una mala palabra. Las acusaciones que se expresan en contra de su práctica son conocidas de todos: “Los políticos prometen, pero no cumplen”; “Los candidatos se acuerdan de nosotros para las elecciones, y no los volvemos a ver hasta la próxima votación”; “Sufragamos cada cuatro años y luego a ponerse a esperar, pues no hay otra forma de participación efectiva en nuestras valientes democracias representativas”; “Esté quien esté en el poder, da lo mismo; para mí todo seguirá igual”; “Los parlamentarios sólo pelean entre sí y no se ponen de acuerdo en nada, salvo

* Sergio Micco Aguayo. Abogado de la Universidad de Concepción. Máster en Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Doctor en Filosofía de la Universidad de Chile. Profesor asociado de la Facultad de Gobierno de la Universidad de Chile.

en lo que les conviene”; “Los partidos se disputan cargos y discuten sobre cosas que sólo a ellos interesan”; “Los políticos dividen a la nación en facciones irreconciliables y polarizan al pueblo para mantener sus clientelas electorales”; o “Todos los gobernantes son corruptos y los jóvenes que parten con las mejores intenciones se corrompen rápidamente”. Cuando se cree que la política realmente existente está bien caracterizada por estas afirmaciones, la conclusión no se hará esperar: “Para gente como yo da un poco lo mismo vivir o no en democracia”. El lector podrá analizar con cuantas frases recién citadas se siente identificado. Como no es un ciudadano medio, pues si lo fuere no estaría leyendo este escrito, puede que algunas no lo representen, pero le quiero decir que la mayoría de la ciudadanía en nuestro país sí está de acuerdo con esta condena que, a la larga, finaliza en el rechazo de la democracia y en la búsqueda de hombres fuertes que gobiernen por sobre los mezquinos intereses de “los políticos”.

No es raro que usted rehúya de participar en política, porque no se siente ni quiere hacerse parte de ella. ¿Podría ser de otro modo? Ciertamente va a votar, sobre todo si el incumplimiento de este deber cívico es sancionado pecuniariamente. Seguramente se concentra en su vida privada, en la búsqueda de una vida placentera, alegre y lograda. Cuidar nuestro cuerpo, fundar una familia, tener un trabajo gratificante y bien pagado, y disfrutar de buenas vacaciones. ¿Qué hay de malo en ello? Además, después del trabajo y la familia, ¿hay tiempo

para la política? Por otro lado, no es poca cosa cumplir con los deberes ciudadanos como son respetar las leyes, pagar los impuestos y elegir a los representantes populares cada cuatro años. ¿Por qué deberíamos hacer más si es tan poco lo que la política nos da a cambio?

Sin embargo, usted comete un grave error si no participa en política. ¿Por qué? Porque ella es inescapable. Somos animales políticos, pues debemos vivir en la *polis*. Si no desarrolla esta dimensión de su naturaleza o condición, otros sí lo harán y tomarán decisiones por usted, que le afectarán pues ellas son colectivas, obligatorias, coercitivas e inescapables para todos los habitantes. Ahí tienen las leyes del tránsito y las tributarias, por ejemplo. Por otro lado, sin Estados eficaces, eficientes, probos y transparentes no hay seguridad ciudadana, crecimiento económico ni igualdad social, como tampoco respeto del medio ambiente como me imagino usted desea para su país. Le digo más, sin una buena política le costará mucho más ser feliz que suponen mantener relaciones gratificantes con sus parejas, amigos e hijos (si posee tiempo para tenerlos, cuestión que depende bastante de cómo se organiza la sociedad y qué lugar ocupa en ella). Por último, al no participar en política perderá una hermosa forma de darle sentido a su vida, otorgándole un significado trascendente, que consiste en entregarse a su comunidad, proyectándose más allá de su vida y de su muerte (porque de que se va a morir, se va morir querido lector) Veamos.

Somos animales políticos y cuando la política fracasa es la violencia la que arriba.

Tomás de Aquino lo dijo en términos muy simples. Somos animales sociales pues tenemos una absoluta necesidad de vivir en comunidad, pues nacemos débiles y nos cuesta mucho tiempo y cuidado hacernos independientes. Esto se hace claro cuando nos comparamos con el resto de los seres vivientes. “En efecto, a los demás animales la naturaleza los proveyó de alimento, los vistió de pelos y los dotó de defensas, como los dientes, los cuernos y las uñas, o, al menos, les dio velocidad para la huida” (Monarquía, I, 3). En cambio, el ser humano, llega al mundo desnudo. Tenemos un segundo problema. Somos gregarios como las abejas y las hormigas. Pero hay una enorme diferencia: por naturaleza ellas saben cómo deben vivir en conjunto; los seres humanos no. La abeja reina gobierna, el zángano obra y las obreras ejecutan instintivamente. Cada uno de los integrantes del panal sabe muy bien el lugar que ocupan en la jerarquía. Nada que discutir. Las hormigas no van al psiquiatra por estar insatisfechas con su vida y mucho menos organizan rebeliones y revoluciones dentro del hormiguero. Hasta donde sé. Eso sólo pasa en las películas y en las novelas. En cambio, los seres humanos, no sabemos cuál es la mejor manera de vivir en común. Hay dos formas de resolver la cuestión social por excelencia, por determinante y terminadora para nuestras vidas personales y colectivas.

Una es la vía de la violencia. Uno o unos pocos con un palo en la mano dan las órdenes y quienes no les obedecen recibirán un mazazo en la cabeza. Este es el método de organizar las sociedades desde el jardín infantil hasta los imperios. La técnica violenta para disciplinarnos es la preferida de los tiranos y de los dictadores, del mafioso del barrio, del matón del curso y del jefe de familia abusador. Ciertamente más de uno de estos sujetos se han atravesado por su vida. La otra forma de resolver el problema es la política. Uno de los maestros de Tomás de Aquino fue Aristóteles quien nos definió como animales racionales y políticos, no sólo gregarios (Política, 1253 ac). Vivimos en sociedad y tenemos la razón (*logos*) que se hace discurso (*dia-logos*) preguntádonos qué es la justicia. Así conversamos con nuestros familiares, vecinos y compatriotas acerca de cual es la mejor forma de vivir juntos, libres de las inclemencias de la naturaleza, de las fieras y de los violentos. Incluso discutiendo y resolviendo pacíficamente nuestras diferencias podemos tener una buena vida, ya no sólo sobrevivir y estar seguros (que no es poca cosa).

¿Qué es la política? Lo opuesto de la violencia. La política es un proceso a través del cual los seres humanos, que somos enhorabuena infinitamente diversos, nos juntamos a deliberar acerca de cómo podemos alcanzar una vida segura y con bienestar.¹ En el libro de los *Jueces de la Biblia* y en las *Historias de*

1 Crick, B. (2001). En defensa de la política. Barcelona: Tusquets Editores, p. 18.

Heródoto, tenemos los primeros testimonios escritos de estos debates. ¿Qué es mejor? ¿Qué nos gobierne un rey, unos pocos aristócratas o los muchos, el pueblo? ¿Un mandarín como Xi Jinping y el Partido Comunista en China? ¿Uno pocos y bien preparados como son los sucesores de Lee Kuan Yew y sus tecnócratas a la Singapur? ¿Representantes del pueblo como Donald Trump y los congresistas en la democracia norteamericana? ¿Y si no nos ponemos de acuerdo? Pues votamos y el que saca un voto más es quien nos gobierna.

Cuando elegimos a nuestros representantes o participamos en un plebiscito ocurren tres cosas hermosas (casi milagrosas si vemos el registro de violencia que es una parte no despreciable de la historia de la humanidad). La primera es que todos somos iguales: una persona, un voto. El rico y el pobre, la mujer y el hombre, el viejo y el joven, el de provincia con el metropolitano, el indígena con el mestizo, todos iguales ante la ley y en las urnas, aunque sea sólo por un magnífico día. Lo segundo, es que al votar recordamos que somos libres, no en el sentido que nos quieren hacer creer al publicitar que podemos hacer lo que queramos con nuestras vidas, sino que somos ciudadanos de un país libre, es decir, tenemos voz y voto en una comunidad independiente que se autogobierna. Por eso los que quieren ser presidentes, parlamentarios, gobernadores o alcaldes van a nuestras casas a pedirnos el voto, pues saben que nosotros somos el pueblo, los detentadores últimos del poder político. Finalmente, esta es otra

cosa espléndida, mediante el voto resolvemos pacíficamente nuestras diferencias. La política es contar votos, no cortar cabezas; es el reino de las voces no de las balas, de la opinión y no de los insultos.² Cuando fracasa la política, es la guerra la que llega. En este momento es bueno tener presente el horror de los conflictos armados, las guerras civiles y las revoluciones violentas que siempre están ahí, a la vuelta de la esquina. Nuestras democracias actuales tienen muchos problemas, pero estamos hartos mejor que en Ucrania y Rusia, Gaza o Israel o Siria y el Líbano, cuyos pueblos sólo merecen nuestra solidaridad. Ya no vivimos en los tiempos de nuestros padres y abuelas en que parecía que debíamos elegir entre dictaduras militares o guerrillas insurreccionales. Pero nos confiemos un minuto. ¿Exagero? Acuérdense de lo que sintió la noche del 12 de noviembre del 2019, viendo arder templos y gobernaciones, rostros mutilados y cuerpos heridos. Por eso usted debe participar en política.

La política consiste en dirigir o influir sobre la dirección del Estado y este es esencial para la buena vida de la multitud.

Para un ciudadano común y corriente los políticos son personas que ejercen una verdadera profesión que consiste en

2 La forma institucional más excelsa de la política es la democracia que es aquel régimen político donde cambiamos gobernantes sin efusión de sangre. Bobbio, N. (2005). La resistencia a la opresión, hoy. En: Bobbio, N. (2005). *Teoría General de la Política*. Madrid: Trotta, p. 286.

aparecer en la televisión, radios, periódicos y redes sociales compitiendo por adquirir, ejercer y mantenerse en cargos de poder estatales, que van desde la Presidencia de la República hasta la más humilde concejalía. No es una mala aproximación. José Ortega y Gasset lo dijo. La política es la respuesta que da la nación a la pregunta: ¿Qué queremos hacer con el Estado que nos hemos dado?³ ¿Qué es el Estado? Max Weber lo definió más o menos como la asociación política por excelencia que logra garantizar, dentro de un territorio determinado y mediante una burocracia pública, el monopolio de la fuerza física legítima.⁴ Este es un concepto mínimo y bastante estrecho de Estado, pero nos da una buena idea de lo que este es. El Estado en forma dispone, a lo menos, de ejército y policía, poderes tributarios y una burocracia centralizada capaz de ejercer una autoridad soberana en un amplio territorio proporcionando orden, seguridad y cumplimiento de las leyes, sean o no democráticas en su origen. Es un enorme poder el que detenta el Estado. ¿No le interesa saber cómo y para qué lo están administrando políticos y burócratas que usted. financia mediante sus impuestos? ¿Realmente? ¿De verdad?

3 Ortega y Gasset, J. (1986). Mirabeau, o, El político, Contreras, o, El aventurero, Vives, o, El intelectual. Revista de Occidente. Madrid. Ortega y Gasset, 1986, p. 45.

4 Weber, M (1998) "La Política Como Vocación". En: "El Político y el Científico". Madrid: Alianza Editorial.

Un Estado activo (no necesariamente grande) está estrechamente relacionado con el avance de la democracia.⁵ El Estado contemporáneo, como el se que ve en Europa, es el fruto de una democracia que se ha ido ampliando durante décadas, cuyas formas más desarrolladas son el Estado de bienestar nórdico y la Economía social y ecológica de mercado alemana.⁶ En un régimen democrático, la gente se reúne, se expresa y vota libremente. ¿Y qué es lo que pide? Vida, propiedad y búsqueda de la felicidad dijeron los fundadores de Estados Unidos o libertad, igualdad y fraternidad como lo afirmaron los revolucionarios franceses. Cuando eran pocos los que votaban –los más ricos y educados– resultaba natural que lo que le pedían al Estado era proteger la propiedad privada, promover la libertad económica y garantizar judicialmente el cumplimiento de los contratos. Desde el momento en que las clases medias y luego los pobres adquirieron derecho a voz y a voto, no es raro que hayan empezado a votar por representantes que le ofrecían leyes y políticas públicas que garantizaran los derechos sociales a la salud, al trabajo, a la educación, a la vivienda y a la seguridad social.⁷ Si los servicios públicos no cuentan con recursos para ello, o contando con ellos los administran mal o, peor aún, los usan con fines corruptos,

5 Fukuyama, F. (2005) *La construcción del Estado*. Barcelona: Ediciones B, pp. 9-70.

6 Yáñez, E. (2023) *Economía social de mercado: Fundamentos e implementación*. Santiago de Chile: Fundación Konrad Adenauer.

7 Bobbio, N. (1987) *El Futuro de la Democracia*. México: Fondo de Cultura Económica, México, p.157.

favoreciendo a unos pocos, los que sufren son sobre todo las clases medias y los pobres. ¿No está en esa categoría? Pues la historia nos enseña que no tendremos paz si los oprimidos no lo quieren. Pero no es necesario que le advierta esto a usted que es una buena persona y un ciudadano virtuoso.

¿Usted cree que puede haber una buena sociedad con un Estado que no realice lo más básico que es garantizar, mediante el monopolio de la fuerza física legítima, la soberanía nacional y la seguridad pública, el respeto de los derechos a la vida, a la libertad, a la igualdad ante la ley y a la propiedad privada? ¿Cree usted que la paz y la justicia suponen un Estado que haga efectivos los derechos sociales mediante servicios públicos bien desarrollados? ¿Dejaría el Estado en manos de un tirano, de unos pocos ricos, de tecnócratas lejanos o de una masa gobernada por demagogos? ¿Le entregará la administración del Estado a personas necias, incompetentes y corruptas? Creo que no. Por eso, usted debe participar en política.

Si quiere ser feliz, usted necesita de una buena política.

Podemos tener grandes gobernantes, muy buenas políticas públicas que garanticen nuestros derechos y burócratas de excelencia. Empero, ello no basta. También necesitamos de buenos ciudadanos.⁸ Magníficas políticas de salud y esfuer-

8 Kymlicka, W. y Norman, W. (1996) El retorno del ciudadano. En: Revista La Política. Nº3.Ciudadanía. El debate contemporáneo. Barcelona: Paidós, p. 14.

zados funcionarios estatales poco pueden lograr si los habitantes de nuestra tierra no siguen una dieta balanceada, son sedentarios o beben y fuman como enajenados. El Estado puede tener muy buenas políticas en materia de protección de niños, personas con discapacidad o ancianos, pero si las familias no aceptan su responsabilidad en su cuidado, hasta la mejor política tambaleará. En peligro estarán los esfuerzos del Estado para tener las cuentas bien equilibradas si los ciudadanos no ahorran, se endeudan en exceso, no pagan sus impuestos o piden la satisfacción de más derechos que los que el Estado puede garantizar responsablemente. No es buena política gastar lo que no se tiene. Justas y razonables leyes medioambientales tendrán pobres resultados si los ciudadanos consumen en exceso, no reciclan la basura o no cuidan el patrimonio natural. Si no nos sentimos solidarios con nuestros compatriotas más desvalidos, los Estados sociales o de Bienestar crujen. Incluso las sociedades más desarrolladas pueden sufrir fuga de capitales o de sus talentos si sus hijos más favorecidos ponen el interés particular por sobre un sano amor por la patria y de sus familias, que no los podrán acompañar en sus travesías y búsqueda de oportunidades en un mundo tan individualista y globalizado como es el actual.

La importancia de una buena política incluso se extiende a lo más íntimo de la vida humana: incluso en su familia e intimidad. Lo leyó bien. La posibilidad de formar parejas felices —que quieren vivir en igualdad realizando sus proyectos

de vida personales y los compartidos— depende de cómo la sociedad organiza la seguridad en los barrios, el trabajo, la educación, el transporte público, las viviendas y las ciudades. ¿Quién tiene energía, cuando llega a casa, para sostener una animada plática con su pareja, de salir a caminar, gozar su intimidad o de jugar con sus niños si se lo ha pasado ocho o más horas extenuantes en su lugar de trabajo, para luego subirse al metro o al bus por horas de horas atravesando la ciudad? Ulrich Beck, un destacado sociólogo contemporáneo, nos ha señalado que, entre otras cosas, la vida moderna convierte a la familia en “un malabarismo continuo con las ambiciones contradictorias entre las exigencias del trabajo, los imperativos de la educación, las obligaciones de los niños y la monotonía del trabajo doméstico”.⁹

Mucho de lo que los hombres y las mujeres se reprochan entre sí amargamente, como quien debe quedarse cuidando de los niños cuando el otro sale a trabajar fuera del hogar o de cómo se distribuyen su cuidado y las labores domésticas, no sólo es una cuestión de orden interpersonal, sino que en buena parte social. Si el Estado y la sociedad no nos ofrecen condiciones para conciliar trabajo, con familia y sano esparcimiento difícilmente seremos felices. En suma, más que en los sillones de psiquiatras, psicólogos o de terapeutas familiares (que puede

9 Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós, p. 97.

estar muy bien recurrir a ellos en ciertos casos) debiéramos buscar en la política parte de las soluciones a la soledad, a las altas tasas de divorcio y baja natalidad que observamos incluso en nuestras “prósperas” sociedades. Si usted quiere vivir en una sociedad en la que pueda ser feliz, realizando sus proyectos de amor y de familia, le aconsejo participar en política. No espere que otros solucionen sus problemas personales; en una de esas los empeorarán.

El sentido de la vida y la política.

Los humanos somos los únicos seres vivos que sabemos, a plena conciencia, que vamos a morir. De ahí la inquietud existencial por antonomasia, de principio a fin. Los niños y los viejos hacen filosofía y teología. Los primeros preguntan sobre el origen de las cosas, quién creó el mundo, adonde se fue la bisabuela. Los viejos también se preguntan si hicieron una buena vida y qué hay después de la muerte. ¿Por qué el ser y no la nada? ¿Por qué Dios creó el cosmos? ¿Existe un ser todopoderoso? ¿Por qué el mal, la enfermedad y la muerte? Los niños filosofan pues no saben de dónde vienen que no sólo es asunto de cigüeñas y semillas plantadas en el útero de sus madres. Los viejos no sabemos quien gobernó nuestras vidas ni hacia dónde vamos”.¹⁰ Sí tenemos claro que vamos a morir, por lo que surge incontenible la pregunta por el sentido de la

10 Jaspers, K. (1992) La filosofía. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, pp. 121 y ss.

vida, por su orientación y significado. ¿Para qué hemos venido al mundo? El cuidar el cuerpo y nuestra psiquis, formar una familia y gozar de la vida que tenemos es una buena respuesta. Sobre todo si tuvimos hijos o cuidamos niños en los que, de alguna manera, al morir, seguiremos viviendo, pues les transmitimos nuestros genes y la cultura que abrazamos. El trabajo le da también sentido a la vida, cuando realizamos obras y prestamos servicios que la sociedad valora. Nos hace felices cuando hacemos aquello para lo que somos buenos y se nos paga y reconoce por ello. Por cierto, las religiones les dan significado a nuestras vidas; nos enseñan qué es el amor, la compasión y la justicia, descorriendo un poco el velo de los misterios de la vida. Trascender nuestra muerte en la familia, el trabajo y en la religión está muy bien. Aunque no lo crea, también lo podemos hacer a través de la política.

Practicando la política actuamos reconociendo que la comunidad en la que vivimos es parte nuestra y nosotros de ella, aceptando con humildad que esta nos supera en el sentido que estaba allí cuando llegamos, y permanecerá allí cuando nos retiremos de este mundo. Entregarnos libremente a nuestra comunidad, para realizar la justicia, nos hace buenos, y puede conducirnos a la inmortalidad.¹¹ En serio. Aristóteles lo dijo con verdad: “Es cosa amable hacer el bien a uno solo; pero más bella y divina es hacerlo al pueblo y a las ciudades”

11 Arendt, H. (1995). De la historia a la acción. Barcelona: Paidós, p. 55.

(Ética Nicomáquea, 1904b). Para Cicerón, nos acercamos a los dioses cuando construimos y conservamos ciudades, la *polis* de los griegos y la *civitas* romana (Sobre la república, 7 12) El ciudadano generoso se immortaliza en el recuerdo agradecido de su comunidad a la cual sirvió. Los políticos no sólo aspiran al honor y a la gloria, contra lo que se piensa y que parecen, a ratos, confirmarlo nuestros gobernante cuando son puerilmente vanidosos.¹² Los políticos con mayúscula, los de gran calado y poderosa travesía, dicen las grandes palabras y realizando los grandes hechos, buscando la trascendencia cívica, esa que consiste en orientar sus vidas en la práctica de un amor preferente por el bien común y no del propio, de entregarlo todo, incluso la vida. Pues bien, esta donación, valiosa en sí misma, puede ser además bendecida con el aprecio y el reconocimiento póstumo del pueblo, a cuyo servicio se puso el político como su representante, gobernante y servidor. Los nombres de algunas de nuestras calles y plazas, los monumentos y archivos proclaman la inmortalidad del gran ciudadano y ciudadana. Estuve personalmente con un Patricio Aylwin de carne y hueso, hoy es de hierro, cemento y bronce. Vaya a verlo a la Plaza de la Ciudadanía; a las espaldas de la estatua está La Moneda y frente a ella el pueblo que se agita feroz por la Alameda de las Delicias y que don Patricio parece querer abrazar. Quizás lo está haciendo. No lo sé, aunque lo creo. Este es un bello epitafio: “Nada igual

12 Aquino, T. de (1994). La monarquía. Madrid: Tecnos, pp. 35-42.

antes, nada igual después; Dios no volverá a empezar. Otros vendrán, sin duda; el mundo, que nunca se cansa, dará a luz a otras personas, mejores tal vez, pero iguales, jamás, jamás”.¹³ Hay una forma de ser feliz que consiste en vivir intensamente, sabiendo que ni siquiera la muerte pone término a la vida del ciudadano virtuoso, aquel que dedicó parte de su existencia a la construcción de la buena sociedad.

Hermoso sería, paciente lector, si en su funeral, sus familiares, colegas y amigos, escuchan palabras de agradecimiento hacia usted, pues se la jugó por su comunidad. Cuando ya no esté físicamente en este mundo, en momentos en que no tiene ningún sentido que lo halaguen, sería bello si se reconoce, ante las personas que quiere y que le sobrevivieron, que usted fue un buen tipo. En una de esas Cicerón tenía razón y en el cielo hay un bello lugar destinado a los que llamó patriotas: quienes vivieron y murieron sirviendo a Roma (Sobre la República, VI, 13) ¡Vamos, ánimo, participe en política!

Conclusión intelectual y testimonio personal.

En suma somos animales políticos y quien no participa en ella deja de desarrollar una dimensión esencial de la existencia humana que sólo nuestra especie puede cultivar. Los griegos

13 El epitafio lo escribió Michelet para el duque de Orleans, asesinado por traidores que sólo lograron inmortalizarlo y desatar una guerra civil en Francia que duró treinta años. Citado en: Finkielkraut, A. (1988) *La Humanidad Perdida*. Barcelona: Anagrama, p.110.

llamaban *idiotes* a quienes sólo se preocupan de sí mismos y de los suyos, no destinando una pizca de sus pensamientos y esfuerzos a su comunidad. Los griegos eran bien claros en los conceptos que utilizaban ¿Me entiende usted? La alternativa a la política es la violencia, por lo que los pueblos hacen bien en optar por discutir y resolver pacíficamente sus diferencias, sin apostar por aquellos que dividen a sus pueblos entre buenos y malos, patriotas y antipatriotas, y siempre tienen en la punta de los labios y en sus puños cerrados, el recurso a la violencia. Agrego que sin un Estado que haga bien su trabajo no habrá soberanía nacional ni orden público seguros; tampoco crecimiento económico, integración social ni desarrollo sustentable. Acompaño a ello que sus proyectos más íntimos, los personales y familiares, dependen de la buena política. Le insisto en que participar en ella puede darle a su existencia un sentido trascendente, en una de esas, dejando tras su paso por la vida un mundo mejor del que le tocó conocer cuando nació y este se lo agradece. No son pocas cosas las que nos ofrece la política. Si aún no le convengo, le acepto por un minuto que los políticos no hacen nada útil ni bueno; pero estoy seguro de que estará de acuerdo conmigo cuando afirmo que nuestros gobernantes pueden hacer muchas cosas malas en contra nuestra y de nuestros seres más queridos. Ahí están Stalin e Hitler y sus guerras; las revoluciones de Mao Tse-Tung y Benito Mussolini, o eso caudillos de pacotilla del siglo xx que se robaron a mano armada el Estado que a sus ancestros les costó sangre, sudor y lágrimas edificar y sostener.

No enumero más ni continuó más adelante llegando a nuestros tiempos; no es necesario. Si no quiere que nos gobiernen los sucesores de estos tiranos y ladronzuelos, participe en política sin más objeto que detenerlos en el cumplimiento de sus malditos designios.

--- o ---

CODA: Hubo veces que estuve con Patricio Aylwin, discutí respetuosamente con Jaime Guzmán, compartí la cárcel con Manuel Bustos, escuché embobado a Clotario Blest y supe de mujeres excepcionales como Teresa de Calcuta y Cory Aquino. También recuerdo cuando guardé silencio en la Plaza de la Independencia de Concepción al mediodía de un tris-tísimo 13 de agosto de 1983 y cuando rodeé ensimismado la Plaza Baquedano en la madrugada del 21 de octubre del 2019. Le quiero decir que en esas oportunidades estuve frente a frente, sin saberlo, con la historia, en su más alta y cruda realidad. Querido lector no se pierda por nada del mundo el practicar ese noble y difícil arte que es la política. Hágalo como buenamente pueda, con prudencia y justicia, ahí donde está, con los recursos que tengan a mano y con las personas con las que confía.

Me gustaría contarle, además de todo lo dicho, que la política puede ser muy entretenida, pero esa es otra historia.

La democracia en peligro y como peligro

Eugenio Yáñez Rojas*

Introducción.

El vocablo “democracia” es uno de los conceptos más esgrimidos por moros y cristianos a la hora de promover y/o justificar una determinada manera de organizar políticamente la sociedad, al momento de dictar una ley o al tomar alguna decisión que comprometa el bien común. No obstante, no todos entienden lo mismo bajo esta expresión. Estamos ante un término por definición complejo y a veces ambiguo. Más aún, la experiencia nos muestra *prima facie* que no existe “una” democracia, sino diferentes tipos de “democracias”, o sea, modos diversos de organizar políticamente la sociedad, pero

* Eugenio Yáñez Rojas: Doctor en Filosofía, profesor universitario

que obedecen al nombre de democracia.¹⁴ Además, ella está siendo permanentemente “repensada”, léase, deconstruida, o desnaturalizada, siendo reducida a sus mecanismos y procedimientos. En este contexto, la democracia que concibieron los padres de la Europa moderna después de la Segunda Guerra Mundial, como Alcides De Gasperi en Italia, Konrad Adenauer en Alemania, Jean Monnet y Robert Schuman en Francia, probablemente dista mucho del concepto actual.

En estas breves páginas pretendemos recordar la esencia de la democracia, esa democracia de raíces cristianas que ha contribuido al desarrollo de Occidente.

I. *¿Quo vadis* democracia?

Tras la II Guerra Mundial la democracia ha sido exaltada “con fervor casi religioso” (Joseph Ratzinger), siendo concebida como el único sistema político aceptable. “Tras el hundimiento de los sistemas totalitarios, que han dejado su huella en nuestro siglo, se ha impuesto en gran parte de la tierra la convicción de que, aunque la democracia no crea la sociedad ideal, en la práctica es el único sistema de gobierno adecuado” (Joseph Ratzinger). La caída del muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989 marcó para algunos el triunfo definitivo del ideal democrático por sobre los totalitarismos, erigiéndose

14 De este modo, se habla de “democracias liberales”, “democracias populares”, “democracia cristiana”, “democracias procedimentales”, democracia “consensual” (Rawls); “democracia discursiva o deliberativa” (Habermas).

como la única alternativa de organización política y social que respeta la dignidad humana, garantiza la paz social y el desarrollo humano. En este contexto, en 1989 Francis Fukuyama decretó el fin de la historia, pues a su juicio había triunfado la democracia y la economía de libre mercado por sobre los otros modelos políticos y económicos y no había vuelta atrás. No es necesario ser filósofo, historiador o sociólogo para percatarse que Fukuyama estaba equivocado. El mundo actual se encuentra bastante lejos de haberse convertido en un mundo en paz y armonía, que promueve el desarrollo auténtico de todo el hombre y todos los hombres. Todavía existen millones de personas atrapadas en los más diversos dramas: económicos, políticos, sociales, morales, espirituales, lo que nos demuestra que la democracia no es la panacea capaz de solucionar todos los problemas del hombre. Las actuales democracias han sido tierra fértil para que germine la semilla del relativismo dando como fruto, entre otras cosas, una “cultura de la muerte” (Juan Pablo II). “En la raíz de esta tendencia se encuentra el *relativismo ético*, en el que algunos ven incluso una de las condiciones principales de la democracia, porque el relativismo garantizaría la tolerancia y el respeto recíproco de las personas. Pero, si fuera así, la mayoría que existe en un momento determinado se convertiría en la última fuente del derecho. La historia demuestra con gran claridad que las mayorías pueden equivocarse. La verdadera racionalidad no queda garantizada por el consenso de un gran número de personas, sino sólo por la transparencia de la razón humana

a la Razón creadora y por la escucha común de esta Fuente de nuestra racionalidad”.¹⁵

Si la democracia liberal representativa se sostiene en el relativismo, al tenor de lo expuesto, no es difícil colegir quién es el buen demócrata en la actualidad. Es una especie de Pilato contemporáneo, pues no cree en la verdad, no se compromete con el bien común y se lava las manos dejando al “pueblo” las decisiones complejas. Para este “perfecto” demócrata la verdad es un estorbo, un lastre del pasado que hay que eliminar y reemplazar por el consenso, y el bien debe ser sustituido por la utilidad. La libertad se reduce a ausencia de coacción, y la ley debe permitir cada vez más y prohíbe cada vez menos. Esta forma de entender la democracia permite que a nombre de la libertad y el progreso cada año se eliminen alrededor de 60 millones de personas en su estado inicial y miles en estado terminal.

II. ¿Democracia ¿qué dices de ti misma?

Si le preguntamos a la tan de moda inteligencia artificial qué es la democracia su respuesta es: “la democracia es un sistema político y de organización social donde el poder reside en el pueblo, quien toma decisiones a través de representantes elegidos por votación popular. La palabra ‘democracia’ proviene

15 Benedicto XVI, Discurso a los participantes en la sesión plenaria de la comisión teológica internacional, 5 de octubre de 2007

del griego donde ‘demos’ significa pueblo y ‘kratos’ significa gobierno o autoridad (Meta IA)”. Agrega la IA que las características clave de la democracia son la soberanía popular, la igualdad ante la ley, la libertad de expresión y la división de poderes. ¿Algo más que decir sobre ella? Siguiendo al filósofo francés Jacques Maritain (1882–1973), la democracia es primero una filosofía general de la vida humana y política y un estado del espíritu, antes de ser un régimen político. En este contexto, “solo mediante la democracia puede realizarse la racionalización moral de la política. Porque la democracia es una organización racional de las libertades fundada en la ley” (Maritain, *El Hombre y el Estado*, 1952). Dicha racionalización se establece en el reconocimiento de los fines esencialmente humanos de la vida política, como, por ejemplo, la justicia, la amistad cívica, la libertad. De este modo, la democracia está llamada a promover y defender a la persona humana desde su concepción hasta su muerte natural, y en especial a los más vulnerables de la población. Siguiendo la fórmula de Lincoln ella se expresa como el “gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo”. Pero la democracia no se sostiene sin ciudadanos que asuman vitalmente el ideal democrático y promuevan una sociedad de hombres libres, habida cuenta de que este ideal es un antídoto contra los totalitarismos y los populismos de todos los signos.

Vigas maestras de la democracia

No existe una genuina democracia si no se funda en el respeto y promoción de la persona humana. A nuestro juicio, la democracia no debe soslayar su fundamento antropológico y ético. En palabras de Paulo VI, “ese pleno derecho, reconocido, no solo a algunos sino a todos, de desarrollar los dones de su vida propia, es lo que denominamos el respeto y la dignidad de la persona humana; y este privilegio pretendemos desarrollarlo en una armonía de derechos, de leyes, de protecciones y aún de límites, a lo cual llamamos democracia”. Así las cosas, “una auténtica democracia es posible solamente en un Estado de derecho y sobre la base de una recta concepción de la persona humana (...). Una democracia sin valores se convierte con facilidad en un totalitarismo visible o encubierto, como lo demuestra la historia” (Juan Pablo II, *Centesimus annus* 46).

La participación, la amistad cívica, el respeto por la autoridad, el diálogo son *conditio sine qua non* de una sana democracia. Participar es ser reconocido como ser libre socialmente y tener acceso a los bienes mínimos requeridos para conducir una vida digna. Si asumimos que el fin no justifica el medio, los medios empleados, por ejemplo, para alcanzar el poder, deben ser siempre morales, pues el medio es en alguna medida el fin que se está realizando.

A su vez la democracia exige reconocer que la autoridad reside en el pueblo (no en la masa), que el principio de mayorías

implica respetar a las minorías, que impere el Estado de Derecho, igualdad ante la ley, interdependencia de los poderes (ejecutivo, legislativo y judicial), no solo debe haber igualdad de oportunidades, sino, además, resultados, aunque sean mínimos. No se debe confundir la autoridad, es decir, la capacidad moral de mandar y ser obedecido, con el poder, o sea, la capacidad física de mandar y ser obedecido. En este contexto, tampoco se debe confundir el uso legítimo de la fuerza, que es monopolio del Estado, con la violencia, vale decir, el uso ilegítimo de la fuerza. La democracia, para defenderse tanto de sus enemigos internos, como externos necesita de ambas. Una auténtica democracia no concibe al Estado solo como aquella institución que posee el monopolio de la fuerza, sino más fundamentalmente como el garante y agente del bien común, en cuanto es una parte, la más importante, de la sociedad política. En cuanto instrumento al servicio de la persona humana, el Estado debe hacer respetar la ley, promover la prosperidad de todos sus ciudadanos, administrar los asuntos públicos y mantener el orden público.

Para que la democracia se vaya consolidando se requiere de la amistad cívica y de un diálogo fecundo entre las diferentes corrientes políticas, económicas, sociales, culturales, etc.

Estamos en presencia de una democracia vacía, sin contenido, sin valores, sin principios, reducida a sus puros mecanismos y procedimientos, que “no se define atendiendo al contenido,

sino de manera puramente formal: como entramado de reglas que hace posible la formación de mayorías y la transmisión y alternancia en el poder” (Joseph Ratzinger, *Verdad, valores y Poder*, pág. 86). En esta lógica el Estado es una institución neutral o amoral, cuyo criterio de legitimidad no es conducir a los ciudadanos a la vida buena, sino la eficacia. Fiel a este predicamento se defiende la legalización de la marihuana, la venta de órganos, o el aborto para disminuir la delincuencia y la eutanasia para aliviar económicamente al Estado. Las democracias, entonces, para ser eficientes necesitan de políticos y/o gobernantes escépticos, incrédulos, desconfiados, sin convicciones, calculadores, sin escrúpulos morales y ojalá liberados del yugo de las cuestiones de conciencia. El demócrata actual no es aquel que se apoya en la verdad, sino en los procedimientos: no hay más verdad que la mayoría. Existe alguna alternativa a la democracia liberal representativa

III. ¿Es posible una democracia (vitalmente) cristiana?

Maritain postula a nuestro juicio con razón que la “democracia solo puede vivir de su inspiración evangélica. Gracias a ella es como puede superar sus pruebas y tentaciones más duras”. Lo que plantea el filósofo francés es que el empuje democrático surgió en la historia como una manifestación temporal de la inspiración evangélica. “La democracia, nos dice Bergson, “es de esencia evangélica y tiene por principio el amor”.

Una democracia vitalmente cristiana requiere de cristianos en política y no solo de políticos cristianos. ¿Cuál es la diferencia? Estos últimos, ceden finalmente a la lógica del poder, a la presión de los votos o a las componendas del consenso. A la postre renuncian a los cuatro principios que son según Benedicto XVI no negociables, como lo expresa claramente: “Se puede verificar hoy un cierto relativismo cultural, que se hace evidente en la teorización y defensa del pluralismo ético, que determina la decadencia y disolución de la razón y los principios de la ley moral natural. Desafortunadamente, como consecuencia de esta tendencia, no es extraño hallar en declaraciones públicas afirmaciones según las cuales tal pluralismo ético es la condición de posibilidad de la democracia”. Más adelante agrega: “Si el cristiano debe ‘reconocer la legítima pluralidad de opiniones temporales’, también está llamado a disentir de una concepción del pluralismo en clave de relativismo moral, nociva para la misma vida democrática, pues ésta tiene necesidad de fundamentos verdaderos y sólidos, esto es, de principios éticos que, por su naturaleza y papel fundacional de la vida social, no son “negociables”: 1.- el respeto y la defensa de la vida humana, desde su concepción hasta su fin natural, 2.- la familia fundada en el matrimonio entre hombre y mujer, 3.- la libertad de educación de los hijos y 4.- la promoción del bien común en todas sus formas.¹⁶

16 Cf. Benedicto XVI, Exhortación postsinodal *Sacramentum caritatis*, 22 de febrero de 2007

Reflexiones finales

A nuestro juicio el gran desafío que enfrentan algunos países no es encontrar nuevos nombres o adjetivos para la democracia, sino recordar y realizar su verdadera esencia. Mas aun cuando adjetivarla implica “repensarla”, o sea, deconstruirla, es decir, desnaturalizarla. Precisamente en esto ve Maritain la tragedia de las democracias, en no poder realizar su esencia. Aunque el mundo ha progresado ostensiblemente en muchos aspectos, la democracia está permanentemente en peligro, enfrentando enemigos tanto internos como externos. Si en el pasado fueron los totalitarismos o las ideologías, hoy debemos sumar el populismo y fenómenos como la “cultura woke”. Esta situación la convierte, paradójicamente, en un peligro tanto para la libertad de expresión, como para los más elementales derechos de la persona humana, pues a nombre de la democracia se niegan los más elementales derechos de la persona humana.

El bien común: el menos común de los bienes

Juan Ignacio Rodríguez S.B. *

Introducción.

Lamentablemente es la porfiada realidad la que nos muestra que el denominado bien común, es el menos común de los bienes. Qué duda cabe, su realización es una tarea ardua, o al menos difícil, habida cuenta de que requiere del compromiso no solo del Estado, sino de toda la sociedad. Vivimos tiempos de indiferencia ante el dolor ajeno, transitamos por una época marcada por el individualismo, vale decir, una época signada por el bien particular. Ambas actitudes conspiran en contra de la procura de la vida buena de la multitud. El bien común es un tema de permanente actualidad y de gran profundidad,

* Juan Ignacio Rodríguez S.B. Director Ejecutivo de ETHOS USS. Licenciado en Filosofía por la Universidad Gabriela Mistral, Diplomado en Teología por la Universidad Alberto Hurtado, DEA en Filosofía, Universidad de Salamanca y Doctor (c) por Filosofía por la Universidad San Sebastián.

que no siempre se pondera adecuadamente, dado que es una expresión de uso corriente, y que no pocas veces se manipula, se sesga o malentiende. En la actualidad podemos encontrar tres grandes formas de entenderlo. El modo liberal, que goza de mucha influencia en nuestra vida política, económica y cultural; el modo “colectivista” (marxista), que también goza de cierta influencia y el social cristiano. Si bien este concepto suele utilizarse mayoritariamente en los ámbitos políticos y económicos, su alcance es mucho mayor, y abarca todas las dimensiones de la vida humana.

I. Visión liberal.

En líneas generales los liberales¹⁷ entienden el bien común como la suma de todos los intereses particulares. Desde esta perspectiva, cada vez que un individuo alcanza sus objetivos, está automáticamente cooperando al bien de todos, independiente del fin del cual se trate. Como es imposible que todos los miembros de la sociedad alcancen todos sus objetivos, dado que muchas veces son objetivos contrapuestos, deben competir unos con otros para alcanzar sus objetivos. El rol del Estado es preocuparse de garantizar la mayor cantidad de competencia posible “emparejando la cancha”, bajo el lema de la mayor cantidad de felicidad para el mayor número,

17 Estamos conscientes de que al interior del liberalismo conviven diferentes corrientes, como los “clásicos”, los “libertarios”, los “anarco capitalistas”, los “liberal-conservadores”, etc., sin embargo, para efectos del bien común, bemoles más, bemoles menos, existe una perspectiva compartida.

como lo planteaba Bentham. Para este filósofo liberal maximizar la felicidad, es básicamente optimizar el disfrute de los bienes materiales. Dicho de otro modo, el bien común es el resultado de las iniciativas privadas, por lo tanto el rol del Estado, como hemos dicho, se reduce al mínimo, que en este caso es garantizar el que todos puedan competir, con el mínimo de coacción posible. Esta forma de concebir la vida social enfatiza la competencia y el individualismo. A la postre las relaciones humanas se vuelven relaciones de fuerza. Desde esta óptica la libertad es entendida sólo como ausencia de coacción o ausencia de obstáculos que me impiden hacer lo que desee. Esta ausencia de coacción es un principio “sacro-santo”, pues ella dota de autonomía al individuo, en especial frente al Estado, que por definición reduce la libertad humana. Nadie ni nada, menos el Estado, puede entrometerse en la vida privada del individuo. Lo que él haga dentro de su casa es su problema. Bajo el lema, vicios privados, virtudes públicas, cada individuo puede hacer lo que desee. El único límite es la ley y la conveniencia, llamada también “cálculo racional”. En consecuencia el Estado debe ser neutral en materias morales. El criterio básico para intervenir en la sociedad es la utilidad o la eficiencia. Por ejemplo los liberales argumentan a favor de la legalización de la marihuana, o del aborto, con criterios estrictamente utilitarios, pues si se legaliza el consumo de la marihuana, nos dicen, se acaba el narcotráfico, o si se legaliza el aborto, disminuyen las muertes maternas, incluso podría disminuir la delincuencia. Como

lo ha recordado recientemente el Papa Francisco, a propósito de las drogas, “la droga no se vence con la droga. La droga es un mal y ante el mal no se puede ceder” (Discurso ante personalidades que luchan contra la droga, Junio 2014). El Estado que proponen los liberales puede ser llamado “*Estado guardián*” o “*Estado mínimo*”.

II. Visión colectivista.

La visión colectivista del bien común se ubica en las antípodas de la visión liberal, pues le asigna al Estado la responsabilidad por la felicidad de los individuos. De un Estado ausente, como el liberal, pasamos a uno omnipresente como el Estado bienestar, propio del colectivismo (neo) marxista. Así las cosas, esta institución tiene un poder prácticamente ilimitado en la sociedad, coartando o anulando la libertad. El ejemplo clásico de esta forma de concebir el bien común, son los antiguos países detrás de la cortina de hierro, es decir, bajo la órbita soviética. Se nos dirá que muchos de esos países han derivado a una socialdemocracia, sin embargo, mantienen muchos lastres colectivistas.

Los orígenes de esta visión se encuentran en *La República* de Platón. Para el filósofo griego la justicia es obedecer y/o hacer bien lo que el Estado me manda. Platón concebía al Rey-Filósofo como un gobernante virtuoso, que gobernaba pensando en el bien de la “*polis*”, o sea pensando en el bien común. No es lo que aconteció bajo los regímenes marxistas,

en donde se terminó gobernando para un pequeño grupo de privilegiados, básicamente la élite del Partido Comunista, o la denominada Nomenclatura¹⁸. El Estado devino totalitario, eliminando prácticamente todas las libertades. Más allá de la flagrante violación a los derechos humanos, el Estado colectivista genera una maraña burocrática que se traduce en ineficiencia, y peor aún, en el orden económico, al negar la iniciativa y la propiedad privada, la capacidad de emprender y prácticamente anular la creatividad humana, termina creando un sistema económico destinado al fracaso, como efectivamente sucedió. Como lo recordará Juan Pablo II en su encíclica de 1991 *Centesimus annus*, el fracaso económico de la economía marxista se debe principalmente a un error antropológico, y no sólo económico. La experiencia histórica ha sido el mejor mentís para el llamado Estado Bienestar.

III. El Bien Común desde la perspectiva social cristiana.

El social cristianismo o el llamado personalismo (llamado así por poner en el centro de sus (pre) ocupaciones a la persona humana), tiene como principios rectores permanentes, la dignidad humana, la subsidiariedad y la solidaridad. Estos principios se articulan y encuentran su sentido pues están orientados al *Bien Común*.

18 Muy ilustrativo para los alumnos sería la lectura de “1984” y/o de “La Granja de los Animales” de George Orwell.

Un gran aporte a la doctrina del bien común proviene de la llamada Doctrina Social de la iglesia (DSI). Desde León XIII en adelante ha venido ocupándose sistemáticamente del tema. En el Concilio Vaticano II se le define como «el conjunto de condiciones de la vida social que hacen posible a las asociaciones y a cada uno de sus miembros el logro más pleno y más fácil de la propia perfección» (*Gaudium et Spes* 26). Esta última frase, afirma implícitamente que el bien común es primeramente un bien moral, pues la perfección humana, es primeramente una perfección espiritual. La definición citada se ubica en la perspectiva de la clásica definición de bien común de Tomás de Aquino, en su obra *Tratado del Reino*, a saber: “la vida buena humana de la multitud”. Vida que es primeramente espiritual.

Este principio y fin a la vez (primero en el orden de la intención y último en el orden de la acción) brota de la dignidad de la persona humana, y requiere que en el centro de toda acción social se coloque a la persona y su desarrollo pleno e íntegro, sin descuidar ninguna de sus dimensiones. Esto implica que cada uno de los miembros de la sociedad salga de sí mismo, para comprender que el bien de todos los ciudadanos no se realiza en solitario, ni puede gozarse en plenitud si el otro, mi prójimo, no lo posee.

De la búsqueda de este bien todos somos responsables dentro de la sociedad, todos debemos buscarlo a partir de nuestras

capacidades y condiciones concretas de vida, esto implica muchas veces tener que renunciar al interés propio. Aunque corresponde a las inclinaciones propias del hombre, es un bien arduo de alcanzar, porque exige la capacidad y la búsqueda constante del bien de los demás como si fuese el bien propio. Al ser tarea de todos, es patrimonio de todos los hombres, habida cuenta de que todas las personas sin excepción tienen derecho a gozar de las condiciones de vida social que resultan de la búsqueda del bien común. En este contexto, el bien común requiere de la justicia social que apunta a una justa repartición de los bienes. Difícilmente podemos hablar del bien común en sociedad en que pocos poseen mucho, y muchos poseen muy poco. En consecuencia, no se debe desconocer la importancia de la justicia social como principio conducente al bien común, pero del mismo modo, tampoco se debe soslayar la importancia de cada una de las personas en la consecución de este bien. Si tomamos como ejemplo la familia, cada uno de los miembros, independiente de su edad o calidad debe cooperar al bien familiar (común), y no esperar que sean solo los padres los responsables del buen funcionamiento familiar. Del mismo modo, los alumnos en su colegio, son tan responsables del buen funcionamiento de la clase, como el profesor, o el buen desempeño del colegio, como del rector o director. Nadie está ajeno a sus responsabilidad con el todo. En este contexto se aplican las palabras de Nicolás Derisi: “Ni bien particular sin bien común, ni bien común sin bien particular”.

El bien común es primeramente un bien moral.

Se debe poner un especial énfasis en la dimensión moral del bien común, habida cuenta de que comúnmente se le asocia con la suficiente existencia de bienes materiales o servicios, reduciéndolo así a la construcción de colegios, hospitales, carreteras, etc. Si los ciudadanos tienen suficientes medios materiales se piensa que el bien común se ha consolidado. Lo que busca este bien es crear las condiciones morales, espirituales y materiales para que cada persona pueda vivir bien y en el bien. Dicho de otro modo, llevar una vida buena. La plenitud que se busca es la de la persona, “unión substancial de cuerpo y alma” (Aristóteles), en consecuencia lo primordial es generar las condiciones necesarias para que cada persona alcance su fin último, que no es otro que la felicidad. Felicidad que podemos definir sucintamente, siguiendo a San Agustín y Tomás de Aquino como la reunión de todos los bienes, capaces de saciar la voluntad. Bienes, que como nos enseña la experiencia, son primeramente espirituales, como el amor en todas sus expresiones.

El Estado como agente y promotor del Bien común.

Es una constatación de sentido común admitir que los hombres necesitamos de una autoridad que coordine las diferentes actividades de la vida social, económica y política, tendientes al bien común. “En todas las cosas que se enderezan a algún fin y en que se suele obrar por diferentes modos, es necesario alguno que guíe a aquello que se pretende (Tomás de Aquino,

Tratado del Reino, Cap. I). El Estado es la institución por excelencia llamada a garantizar y promover el bien común. En virtud de ello, él no puede ser neutral frente a los problemas de carácter moral que eventualmente pueden dañar o afectar a los ciudadanos. Su primer deber como agente del bien común es garantizar y promover el derecho a la vida, un derecho que es anterior al Estado y por ello se le llama derecho natural y se le considera inalienable.

Reflexiones finales

Ningún ciudadano preocupado por la buena vida humana de la multitud puede sustraerse a la responsabilidad de cooperar desde su propia realidad al bien del todo y de todos. No se debe dejar exclusivamente al Estado, ni a los particulares esta labor. Sin una sociedad civil comprometida y un Estado que respete y promueva los principios de subsidiariedad y la solidaridad es muy difícil alcanzar este bien.

¿Qué es la ideología?: orígenes y naturaleza

Mariano Bartoli Presas*

I. Primera aproximación

Plantearse la pregunta sobre qué es la ideología en los tiempos que vivimos, nos lleva inevitablemente a recordar aquella fábula contada por David F. Wallace, sobre la vida de unos peces. Cuenta Wallace que hubo una vez unos peces jóvenes e inmaduros que nadaban felices por una zona del Atlántico, cuando pasó nadando a su lado un pez anciano y sabio y les preguntó: “¿Qué tal el agua, chicos, el día de hoy?”. Ante lo cual los peces se rieron y continuaron nadando sin responder. Solo unos metros más adelante, cuando el anciano pez ya no podía escucharles se preguntaron entre ellos: “¿Qué demonios es el agua?”

* Mariano Bartoli Presas. Filósofo, profesor de la Universidad Abat Oliba

Pues bien, nosotros podríamos ser los jóvenes peces en este mar de la cultura posmoderna, puesto que nos estamos preguntando por la ideología a la vez que la misma cultura en la que vivimos está altamente ideologizada. El ambiente cultural que respiramos en el orden político, social, económico, educativo, está imbuido de una carga ideológica tal que nos impide apreciar con nitidez aquello en lo que verdaderamente consiste la ideología. De este modo, podemos creer ingenuamente que somos libres y ajenos a ella, aunque pensamos ideológicamente. Sirva como botón de muestra, poner atención en el mismo lenguaje que domina en la actualidad, el cual denota una cierta actitud política o ideológica. No es lo mismo saludar a “todos” que hacerlo a “todos y todas”, o incluso a “todes”. Los ejemplos también pueden esgrimirse en relación a aspectos relacionados con la raza, la orientación sexual, la ecología. La ideología en la actualidad lo permea todo: el lenguaje, la política, la enseñanza, los medios de comunicación. No hay juicio sobre la realidad política que no sea cuestionado como de una u otra ideología.

Esta incapacidad que podemos tener en distinguir lo real de la elucubración ideológica, o peor, esta reducción de toda la vida política a ideologías enfrentadas que solo admite la elección entre una u otra, es desde luego, una razón más que suficiente para que merezca la pena hacer un esfuerzo en reflexionar acerca de lo que es la ideología. Solo así podremos ser más conscientes de esta realidad que vivimos e intentar

regresar a una actitud que nos permita respetar la realidad y dejarnos orientar por ella.

En un primer acercamiento es necesario advertir que el término “ideología” en un sentido neutro suele usarse en nuestros días como sinónimo de aquel conjunto de ideas que alguien tiene sobre asuntos morales o políticos. De hecho, la primera acepción de la Real Academia Española señala que es “el conjunto de ideas fundamentales que caracteriza el pensamiento de una persona, colectividad o época, de un movimiento cultural, religioso o político, etcétera”. En este sentido, la ideología no se distingue de las ideas que uno pueda tener sobre la realidad, siendo susceptible de ser llamada “ideología” tanto la visión cristiana sobre la realidad, como la visión marxista. Sin embargo, no es este el sentido que nos ocupa en esta reflexión. En efecto, no nos preguntamos aquí por ciertas ideas sobre la realidad política, sino sobre algo más específico y concreto, a saber: una realidad que aparece como un proyecto político fundado en unas ideas determinadas que lejos de ser el reflejo del conocimiento del orden social, llevan en sí mismas, en cambio, la pretensión de construir una sociedad humana perfecta para un hombre nuevo y mejor. Dicho más sencillamente, unas ideas que buscan transformar radicalmente la realidad social porque esta encarna un mal que debe ser superado. En este sentido, el ideólogo aparece como aquel que busca, no la comprensión de la realidad como se espera del filósofo o del hombre de ciencia, sino la

producción o construcción de la buena sociedad, como lo haría el técnico o el artesano. Por ello, para poder comprender la naturaleza de la ideología se hace necesario apreciar sus orígenes y antecedentes más fundamentales. Creemos que repasando su origen y el modo cómo se fue configurando la ideología permitirá entender mejor su naturaleza.

II. Antecedentes y origen.

La ideología es un fenómeno propio de la modernidad. No hay ideología antes del mundo moderno. No hay ideologías en el mundo clásico ni en la cristiandad medieval, no hay ideología en el mundo, digamos, premoderno. Existen desde luego diversas concepciones políticas, diversas miradas sobre el hombre y la sociedad, sobre el ordenamiento jurídico y político, muchas veces contradictorias e irreconciliables entre sí, no obstante, conviene decirlo desde ya, todas ellas fundadas últimamente en una concepción religiosa de la vida y de la realidad y establecidas en relación con el bien del hombre. Más propiamente podríamos decir que existían diversas filosofías políticas que buscaban dar con el conocimiento adecuado de esa realidad social en la que el ser humano puede acceder a la plenitud de su vida.

Quienes reflexionaron exhaustivamente sobre la realidad política, comenzando por Platón, eran filósofos de la política, pero no ideólogos. De hecho, el mismo término “ideología” aparecerá recién en el siglo XVIII y está enmarcada en el

movimiento filosófico de la Ilustración. Uno de esos filósofos ilustrados, Louis-Claude Destutt de Tracy (1754–1836), en su libro *Elementos de Ideología*, le dará ese nombre por primera vez a la ciencia de las ideas, al estudio sistemático de las causas y desarrollo de las ideas. Ciertamente, no tenía una significación política, sino que la ideología es aquí una ciencia filosófica, pero no tardará en adquirirla. Pero, ¿por qué no tardará en adquirirla? Pues, porque esta aparición de lo que llamamos “ideología” obedece a una mentalidad “ideológica” previa, a un modo de entender y pensar las cosas que tarde o temprano terminaría constituyendo la ideología o algo semejante. Sin esta mentalidad ideológica, el término no hubiese tenido la significación que ha llegado a tener. Por eso es conveniente repasar el modo cómo se ha ido gestando.

La mentalidad ideológica se fue originando paulatinamente conforme se desmoronaba el mundo cristiano medieval e iba naciendo el mundo moderno. Probablemente haya sido Guillermo de Occam, un monje agustino que estudiaba en la Universidad de Oxford a fines del siglo XIII, quien de manera un tanto inconsciente iniciará la configuración de un mundo nuevo, en tanto que propició la separación entre la fe y la razón, y sostuvo una postura nominalista, la cual reconocía solo la existencia de las realidades individuales y negaba los universales reduciéndolos a simples nombres (*flatus vocis*), con lo cual negaba las esencias de las cosas. Ciertamente las enseñanzas de Occam, que darían lugar en los siglos XV y XVI

a la revolución científica y, en cierta medida, a la reforma protestante, todavía tenían que recorrer un largo camino antes de que se configurara en ideología, pero la base intelectual ya estaba asentada: la absolutización de las formas mentales, a partir de las cuales el hombre intentará ya no entender el mundo, sino volver a crearlo.

Esta nueva mentalidad que va apareciendo, esta nueva atmósfera cultural que se va configurando marcada por la subjetividad y la libertad, necesitaba, no obstante, de una fundamentación filosófica, dado el descrédito en el que se encontraba la razón. Pues bien, dicha fundamentación vendrá de la mano de René Descartes (1596–1650) en el siglo XVII. Buscando una certeza indudable, buscando una manera de estar seguro de las capacidades de la razón, Descartes, se propone destruir todo el conocimiento anterior, dudar de todo lo recibido y refundar la filosofía. Expresamente se propone en *El discurso del Método* deshacerse de todo lo que había recibido y empezar de nuevo. Esto nunca había pasado en la historia de la filosofía. Y lo hará a través de la duda metódica, esto es, dudar de todo hasta encontrar algo de lo que no pueda dudar. Y su punto de partida será la negación de los sentidos. Nada menos. Los sentidos son el nexo con la realidad, aquello por lo que primeramente se está cierto de que la realidad existe. Al negar dicho nexo con la realidad, la razón se queda encerrada en su propia inmanencia o interioridad y, por tanto, será ella la que tendrá que decidir

sobre la existencia de lo real. Evidentemente lo primeramente real, de lo que no se podrá dudar será el “*cogito*”, esto es, la Razón, el Pensamiento, el “Yo”. Yo pienso, yo existo. Es este el inicio del racionalismo, pero también es el nacimiento de la modernidad, de ese proyecto histórico que hace de la razón un absoluto con fuerza para decidir sobre el ser de las cosas. Es un momento decisivo en la historia de la cultura y en la aparición de la mentalidad ideológica, porque ya no se puede estar cierto sobre la existencia de una realidad independiente del sujeto y ya no se entiende a la razón como contemplativa, sino como “creadora”.

En efecto, en un mundo desacralizado, en el que la fe y la religiosidad pasan al orden de la conciencia interior y en el que se afirma la libertad y la independencia frente a todo lo recibido, la razón se vuelve inevitablemente absoluta, creadora y capaz de salvar y redimir al hombre. Esto se verá concretizado en la primera gran revolución del mundo moderno que es la Revolución Francesa la cual, precisamente, negando y destruyendo toda la tradición religiosa y política de Francia y de Europa, pretenderá crear desde la nada un nuevo orden, una nueva sociedad e incluso un hombre nuevo. Las consecuencias del pensamiento de Descartes se hacían manifestas. Y la revolución creará un orden nuevo, no sin antes, darle culto en el altar mayor de la Catedral de Notre Dame a la “diosa razón”. Así, el Estado moderno que surge con ella, no se desacraliza, sino que se descristianiza y se verá obligado

a buscar en la ideología las referencias divinas, de carácter terrenal, para fundamentar su poder. La ideología estaba por nacer como concepto político.

Será Napoleón, que conocía y tenía especial relación con el ya aludido Destutt de Tracy, en medio de este ambiente revolucionario, quien criticando a estos “filósofos de las ideas” le dará, no solo un sentido peyorativo al término ideología, sino un sentido político semejante al que le damos actualmente. Así, dice Napoleón: “Todas las desgracias que nuestra bella Francia ha experimentado hay que atribuir las a la ideología, esa nebulosa metafísica que busca ingeniosamente las primeras causas y pretende fundamentar la legislación de los pueblos en ellas, en lugar de adaptar las leyes a lo que sabemos sobre el corazón humano y las lecciones de la historia. Tales errores solo pueden llevar, como de hecho han llevado, a un régimen de hombres sanguinarios”.

De esta manera se aprecia cómo la ideología, llamada “nebulosa metafísica”, es un conjunto de ideas abstractas, desligadas de la realidad, que se ordenan a transformar la realidad, a fundamentar el orden legal de la sociedad, lo cual le hacía prever a Napoleón que las ideologías podían llevar a un “régimen de hombres sanguinarios”.

Esa concepción peyorativa de la ideología recibirá su sentido último y definitivo gracias al pensamiento de Karl Marx y Friedrich Engels en la obra *La Ideología alemana*. Según ellos las ideologías no surgen de manera casual, sino que son producto de las relaciones de producción y de las condiciones materiales de una sociedad. De manera que las clases dominantes, a través de la ideología, buscan encubrir las condiciones materiales reales de explotación, justificando así las desigualdades sociales y la mantención en el poder. La ideología, de esta manera, es una instancia de dominación, de encubrimiento de la realidad y, por tanto, no refleja de ninguna manera la realidad tal como es, sino que la distorsiona en beneficio de algunos. Imbuidos por el racionalismo ilustrado, Marx y Engels llaman “científica” a su propuesta socialista para terminar con la ideología, en contraposición a los socialismos utópicos, basados en el puro anhelo y deseo de hombres que buscan un mundo mejor. A partir de ahora, en cambio, los nuevos “filósofos” que poseen ese saber científico y que, según Marx, ya no tienen que contemplar la realidad sino transformarla, serán los que terminarán con las dominaciones ideológicas y liberarán verdaderamente al hombre. Si bien Marx está pensando que sus ideas políticas acabarán con la “ideología”, lo cierto es que su descripción de ella no solo define bien lo que es la ideología, sino que claramente se ha vuelto una descripción de lo que es el mismo marxismo.

III. Naturaleza y características.

El estudio de los orígenes de la ideología permite entender más claramente que no se trata de simples ideas o creencias sobre la realidad política, sino que son ideas que no responden a esa realidad, sino a una formulación subjetiva del ideólogo que busca transformar y modelar la sociedad de acuerdo con ella. En efecto, la ideología es una construcción racional, un modelo que pretende ser perfecto y único en orden a garantizar la buena sociedad que dará al ciudadano la verdadera felicidad, pero que no está fundado en lo que las cosas son. Es, en síntesis, un proyecto de acuerdo con el cual se busca fabricar la realidad o construir la sociedad perfecta. En este sentido, las ideologías tienen un marcado carácter utópico que no solo desconoce la realidad de la naturaleza humana, sino que, la conciben de modo abstracto y, por tanto, olvidan su condición imperfecta, falible y capaz de sufrimiento y dolor. La utopía, decía con acierto el filósofo Fernando Moreno Valencia, es el fin y el principio, el término y el origen de la ideología.

Esta caracterización de la ideología permite apreciar en ella un elemento fundamental, no muchas veces destacado, pero que le da su carácter más esencial y propio y nos permite comprender del todo su más profunda naturaleza. Nos referimos al gnosticismo que esconde toda ideología. La *gnosis* en sentido propio era una herejía de los primeros años de la era cristiana que proponían la posibilidad de un conocimiento

racional pero absoluto, a través del cual el hombre podía ser salvado. Sin embargo, en un sentido amplio, que es el que nos interesa, se refiere a una actitud espiritual que se presenta como una tentación permanente del espíritu humano y para la cual el mal en el mundo, de origen estructural, puede ser superado a través de un conocimiento salvador, que conducirá a un reino final de plenitud intrahistórica, el cielo en la tierra.

Este componente gnóstico es el que hace de la ideología, pese a su pretensión de superar el cristianismo, una modalidad de religión política secularizada. Los seres humanos, dice Eric Voegelin, “pueden dejar que los contenidos mundanos se desarrollen hasta borrar del horizonte los conceptos de mundo y Dios, pero lo que no pueden hacer es eliminar la problematicidad de su propia existencia. Esta continúa viva en el alma de cada individuo, y cuando Dios queda eclipsado por el mundo, son los contenidos del mundo los que devienen dioses”. Las ideas o, si se quiere, ciertas ideas se absolutizan, se divinizan. Es dicha condición la que la hace aparecer como la única opción verdadera porque es la única interpretación posible y completa y cabal de la sociedad, y no puede haber de esta otra interpretación válida. Frente a ella, dice Juan Antonio Widow en su obra *El hombre, animal político*, “se alza lo que no es el hombre y la sociedad, su negación, su grotesca caricatura, la alucinación que pretende pasar por verdadera realidad. De la destrucción de lo anterior ha de surgir lo nuevo”.

Así se ve con claridad cómo toda ideología afirma, en primer lugar, la existencia de un mal radical que es necesario cambiar y que no se puede deber al hombre que es radicalmente bueno, aunque oprimido por las estructuras sociales; en segundo lugar, la existencia de un conocimiento salvador y simplista, que contiene todo el sentido de la historia y del mundo y que, por tanto, aparece como la fórmula de superación definitiva; y finalmente; la afirmación de que dicha redención definitiva o salvación futura se alcanza en esta vida presente. No hay un mundo futuro, sino que en este se alcanza la redención y salvación. Estos elementos se aprecian claramente en el marxismo que es la máxima expresión de la mentalidad ideológica al sostener que el mal es la propiedad privada y la clase capitalista burguesa; que el partido político no es otro que aquel grupo que posee el conocimiento para salvar a la humanidad; y, finalmente, el paraíso en la tierra es la sociedad comunista sin clases. Es la esperanza cristiana secularizada.

De este modo, bien ha sintetizado Juan Antonio Widow, la naturaleza de la ideología al señalar que es “la expresión completa y coherente de lo que debe ser el hombre y la sociedad. Lo que sean ya, no constituye otra cosa que la materia a la cual ha de darse la nueva forma”. En efecto, la ideología es un conjunto de ideas que expresan un “deber ser” fabricado en la mente del ideólogo, sin consideración de la realidad humana y social y que ha de realizarse sobre esa realidad para transformarla totalmente. Más sintéticamente la definía

Lenin cuando afirmaba: “si la realidad no se ajusta a mis ideas, tanto peor para la realidad”. La ideología, por tanto, lejos de expresar la realidad de las cosas, sesga la realidad.

Volver a considerar esa realidad negada en la modernidad y más radicalmente ahora por la posverdad posmoderna, puede ser el comienzo de una restauración del orden natural, porque es evidente que lo opuesto a una ideología no es una ideología de signo contrario, sino el orden propio de la existencia humana, del mismo modo que una enfermedad no es opuesta a otra enfermedad, sino a la salud. Y es preciso reconocer que todas las ideologías, desde el liberalismo al marxismo, más allá de sus múltiples diferencias, tienen en su base esa mentalidad ideológica siempre idéntica e inalterable que las hace tan contrarias al bien de la persona humana, en tanto que reducen las dimensiones superiores de su existencia, y tienden con frecuencia a un totalitarismo teórico y/o práctico dado su carácter mesiánico y salvador. En efecto, postulaba Fernando Moreno que “la pretensión de transformar al hombre a pesar suyo le otorga a la ideología una inusitada radicalidad totalitaria”.

En la actualidad, parece verse de modo más radical y perverso esa mentalidad en la ideología de género, la cual, como heredera del marxismo, lejos de ser una visión sobre la sexualidad humana o sobre la dignidad de la mujer, es una verdadera ideología política que yendo más allá que toda otra ideología

pretende redefinir la naturaleza humana y fundar una sociedad mejor, léase, “despatriarcalizada”, negando la dimensión sexual y, por tanto, destruyendo la familia, célula y fundamento de todo ordenamiento social que persigue el bien del ser humano. Representa, por tanto, la máxima radicalización de la autonomía e independencia humana frente a la realidad y nos vuelve a hacer patente la necesidad de recuperar aquella actitud de la inteligencia dispuesta a ser fecundada por lo que existe y a la vez fortalecer la confianza y la ilusión de poder conocer la verdad y el bien que tanto anhela el corazón del hombre, actitud que no se encuentra en otro lugar sino en lo que el viejo Aristóteles llamaba sabiduría. Otra ideología contemporánea es la llamada “cultura woke”. Este movimiento nació para oponerse a la desigualdad y a la injusticia, en la búsqueda de reivindicar a los grupos sociales oprimidos a lo largo de la historia, como los afroamericanos. Nace como una reacción contra el racismo. La cultura “woke” cuestiona y/o rechaza las estructuras de poder que según ellos perpetúan la discriminación y la opresión. Sin embargo, a nombre de una causa legítima se violan muchos derechos, como la libre expresión o se censura sin más al que no es políticamente correcto. Se ha convertido en una ideología, porque ha hecho de la parte el todo.

Consideraciones finales.

Al tenor de lo expuesto podemos advertir que las ideologías no han desaparecido, solo se han transformado o mutado. En consecuencia, siguen siendo un peligro para la democracia y/o la estabilidad social y política, más aún, para la buena vida humana. Quizá una diferencia de las nuevas ideologías con las clásicas, es que las nuevas se presentan seductoramente, de un modo atractivo. Ya no usan el mandoble, sino los cantos de sirena, amplificados a través de las redes sociales o de la “cultura” popular. El desafío, entonces, es superar las ideologías, pero no atrincherados tras las almenas de nuestras propias creencias, sino saliendo al descampado armados con la más eficiente de las armas, la verdad. Verdad que no se impone, sino que se expone amablemente. Lo demás será añadidura.

Algunas consideraciones en torno al populismo

Maximiliano Yáñez Gutiérrez*

Introducción.

Todos hemos escuchado o usado alguna vez la palabra «populismo». Usualmente la utilizamos para describir cierto tipo de praxis política, la cual se caracteriza por defender una serie de demandas populares, sin importar si hay razones para protegerlas o no. De este modo, una primera interpretación en torno a este fenómeno, apunta al populismo como un modo de representación política, en el cual el origen popular de la demanda basta para justificar su validez. De este modo, nos dirá el líder populista, estamos ante una verdadera demanda

* Maximiliano Yáñez Gutiérrez. Magíster en Doctrina Social de la Iglesia por la Universidad San Sebastián. Licenciado en Educación y en Filosofía por la Universidad de los Andes. Docente de la Universidad San Sebastián. Correo electrónico: maximiliano.yanez@uss.cl

democrática, pues la voluntad popular (*vox populi*) está representada de suyo, a diferencia de la democracia tradicional o liberal, en donde no parece ser tan claro en qué medida está realmente representada la ciudadanía. En este sentido, podríamos afirmar que un modo de entender al populismo es comprenderlo como una radicalización y/o tergiversación de la democracia.

Una segunda interpretación habitual del populismo es concebirlo como un modo particular de relación entre el gobernante y los gobernados. Aquí, ya no se alude a su finalidad, sino más bien a la manera de llevar a cabo su práctica, o sea, cómo el discurso político del líder opera como un modo de vincular al pueblo con el poder político encarnado en dicho líder, rompiendo así con la separación que comúnmente se da entre los políticos y los ciudadanos. El líder populista se autoproclama como fiel interprete del clamor popular, pues es parte del pueblo, en consecuencia, es el único capaz de interpretar y representar a la voluntad general. Este tipo de populismo va de la mano con la demagogia, pues estos movimientos suelen estar encarnados por personas carismáticas, que por medio de halagos y falsas promesas buscan alcanzar o conservar el poder teniendo el apoyo de la mayoría. En este sentido, la actitud populista se caracterizaría por buscar el respaldo popular para así mantener el poder sin inconvenientes, pues si el pueblo le reconoce como su portavoz no habría conflictos, dado que nadie se rebela contra sí mismo.

Aunque ambas interpretaciones nos entregan algunas luces respecto de su naturaleza, no dejan de ser meras descripciones funcionales, y, por ende, insuficientes. Por lo tanto, si queremos analizar la validez o invalidez de un sistema político como el populista es necesario comenzar aclarando cuáles son sus aspectos esenciales. De este modo, en el presente escrito explicaremos las tres grandes vigas maestras que conforman al populismo, para luego mencionar algunas consecuencias políticas.

La esencia del populismo.

En primer lugar, el populismo se caracteriza por apelar al pueblo o a la voluntad general, según la expresión de Rousseau. Toda decisión política debe comenzar y terminar en la voluntad general, de modo que ésta determina las normas que rigen al espacio público. Aquí encontramos nuestra primera dificultad, pues el pueblo no existe como un referente empírico. En otras palabras, cuando hacemos alusión al pueblo no podemos considerar a todos los individuos que constituyen el pueblo bajo las mismas condiciones materiales. La pluralidad de modos de vida propia del mundo contemporáneo genera una diversidad, no sólo en los fines que cada uno reconoce como más beneficiosos para sí, sino que también en las condiciones materiales. Por lo tanto, la unidad de los individuos bajo el vocablo pueblo no puede alcanzarse desde lo factico, o lo económico como piensa el marxismo, sino que debemos intentar comprender nuestra pertenencia al pueblo desde las

ideas que nos unen. En este sentido, la construcción del pueblo será discursiva. Aquello que nos vincula es un conjunto de ideas aceptadas por la mayoría como un dogma. Por tanto, en la medida que aceptamos los mismos principios surge el sentimiento de pertenencia a un lugar o idea común, y junto a ello reconocemos en esa unidad la existencia del pueblo.

Ahora bien, esta idea no deja de ser problemática, pues del mismo modo que decíamos que no existen condiciones materiales por las cuales podamos ser todos iguales, tampoco podríamos decir que hay una pluralidad de ideas que no permite identificar una completa unidad en la ciudadanía. No obstante, parece que si es posible lograr cierta uniformidad en las ideas, de modo que el populismo buscará por esta vía alcanzar la unidad necesaria para poder apelar al pueblo. Para entender esto conviene recordar el postulado de los significantes vacíos desarrollada por Ernesto Laclau.

Un significante vacío es una palabra o imagen que se caracteriza por unir una serie de ideas diversas bajo una consigna común. Para lograr esto necesariamente el significante debe ser ambiguo e impreciso, es decir, vacío. Por ejemplo, pensemos en la siguiente afirmación: “No más violaciones a los derechos humanos”. Probablemente todos en principio estamos de acuerdo con esa idea, por lo tanto, podemos articular a un gran grupo de personas en torno a la defensa de tales derechos. Sin embargo, cuando adquirimos consciencia

de tal afirmación nos damos cuenta de que es una idea bastante ambigua en la medida en que permite múltiples interpretaciones. ¿Qué es un derecho? ¿Cuáles son los derechos humanos? ¿En qué medida se están violando tales derechos? Una reflexión minuciosa en torno a estas preguntas puede llevarnos a distintas conclusiones en torno a los derechos, y así crear diferencias o disputas entre nosotros. Verbigracia, algunos podrían concluir que los derechos son construcciones sociales que dependen de cada época, mientras que otros podrían concluir que son universales y por tanto dependen de la naturaleza humana. Aquí, nos encontramos frente a dos posturas opuestas respecto a un mismo tema, de modo que el populista para evitar conflictos entre nosotros opera por medio de los significantes vacíos, los cuales necesariamente generan una falta de conocimiento en torno a las ideas que nos unen y movilizan. Este es el motivo por el cual en ocasiones se usa al populismo para designar una actitud ignorante, e incluso como un insulto. Volviendo a la idea del pueblo, su articulación y manifestación política sólo puede llevarse a cabo si se consigue crear una identidad lo suficientemente amplia para reunir dentro de ella a la mayor cantidad de personas posibles.

En segundo lugar, el populista asigna al pueblo una buena dosis de virtuosismo, es decir, lo considera poseedor de una serie de cualidades que lo validan para decidir en lo político. Asimismo, el pueblo aparece como víctima de una élite

viciosa que ha abusado sistemáticamente de él. Mientras que los pobres ciudadanos viven siempre preguntándose cómo poder llegar a fin de mes, los políticos pertenecientes a la élite viven cómodamente sin preocuparse por los demás. De aquí debemos rescatar dos ideas. Por un lado, al dividir el panorama político en dos bandos, a saber, entre los buenos y los malos, virtuosos y viciosos, el pueblo no podrá equivocarse pues los buenos no pueden errar en una lógica dualista como ésta, mientras que por otra parte los malos no pueden hacer el bien. El problema de los discursos dualistas es que no permiten elaborar otras vías de análisis de modo que estamos forzados a estar siempre con el pueblo, pues nadie quiere obrar mal, y así la mayoría se presenta como la única alternativa posible. Por otro lado, el gobernante simplemente termina siendo un intérprete o vocero de la voluntad general, pero no cuenta con autonomía, pues en el momento que obra autónomamente se aliena, y por tanto se convierte en el enemigo a derrocar. Aquí, la misma dualidad presentada anteriormente no permite reconocer un orden jerárquico en la sociedad, volviéndose imposible hacer política fuera de la opinión del pueblo. Este modo de entender la actividad política como una contienda dialéctica entre el pueblo y la élite provoca un empobrecimiento del discurso político al igual que lo hacían los significantes vacíos porque no concibe la existencia de soluciones fuera de la opinión de la mayoría, al contrario, es la opinión la única fuente de validez.

En tercer lugar, el populismo tiene un carácter reaccionario, pues desde la lógica populista sólo podemos salir de nuestra miseria si le arrebatamos el poder a esa minoría privilegiada. Éste es el único modo de conseguir, se nos dirá, una verdadera representación porque la élite sólo busca su propio beneficio, sin considerar a los demás. Ahora bien, el hecho de que el pueblo sea concebido como un sujeto revolucionario no implica en ningún caso una rebelión violenta, sino que lo importante es acceder al poder con el fin de recuperar la representación política. En este sentido el pueblo se moviliza para lograr lo que podría llamarse una radicalización del acto democrático, movilización que podría ser violenta o pacífica dependiendo de la eficacia para obtener el fin, a saber, lo importante es apropiarse de los espacios públicos para poder llevar a cabo su voluntad.

En suma, a partir de lo expuesto, ¿cómo podríamos definir al populismo? En primer lugar, podríamos afirmar que es un modo de hacer política, en el cual se apela al pueblo para obtener una verdadera democratización de la vida política. De este modo, sería un error relacionar al populismo con una ideología específica, o con un conjunto de ideas determinadas, pues el énfasis está en poseer los mecanismos de representación, siendo las ideas algo secundario. En segundo lugar, podría definirse como una democracia radicalizada en la medida en que busca una representación real, y no sólo simbólica como sería el caso de la democracia liberal

o clásica. En este sentido, una verdadera política populista requiere que las peticiones del pueblo se lleven a cabo sin trabas, convirtiendo a los políticos solo en facilitadores para ejecutar tales deseos. Finalmente, el populismo es una política antiesencialista, debido a que rechaza cualquier idea que sea universal y necesaria. Es más, el líder populista se ubica en el reino de la opinión, pues es el único modo de asegurar una verdadera manifestación popular, ya que éste requiere de los significantes vacíos para su existencia.

Consideraciones finales

Al comienzo de este artículo nos preguntamos no sólo por la esencia del populismo, sino también por su validez. Dicho de otro modo, a partir de lo expuesto podríamos preguntarnos si es deseable una política populista. A mi parecer, hay al menos dos razones por las cuales no es deseable una política como la descrita.

En primer lugar, no es recomendable hacer política reduciendo todo a la opinión de la mayoría, habida cuenta de que la política es una actividad esencialmente moral en la búsqueda del bien común. Esto ya lo advertía Platón, en su famoso diálogo *Critón* (44d), cuando advertía que jamás hay que seguir a la mayoría por el hecho de ser mayoría, pues ésta siempre obra por azar. Del mismo modo, podríamos decir que el populismo al estar imposibilitado para fundamentar sus posturas, también obra por azar, dado que no tienen

argumentos claros para guiarse. Argumentar implica aceptar que hay criterios objetivos, lo que no es posible si aceptamos a la opinión como criterio. La política requiere de un diálogo entre los ciudadanos en el cual se intente encontrar la verdad entre todos. Si nos olvidamos de esto, toda discusión en el ámbito público carece de valor pues, aunque los populistas no lo quieran admitir, nosotros en nuestra vida aceptamos la existencia de una sola verdad, ya que ese supuesto es el que nos permite razonar y dialogar.

En segundo lugar, esta radicalización de la democracia parte de una falsa concepción de igualdad y libertad. Por un lado, el hecho de que seamos iguales por naturaleza no implica que todos debemos ser tratados de la misma manera. Por el contrario, la justicia en cuanto dar a cada uno lo que le corresponde, exige bajo ciertas circunstancias tratar de modo desigual a los iguales. En vez de opiniones necesitamos juicios que nos ayuden a guiarnos de un modo razonable. Por el otro lado, la libertad no consiste en la ausencia de coacción o en elegir cualquier cosa, sino que en dirigir nuestra voluntad hacia el bien que nos corresponde por naturaleza. En consecuencia, no todo acto es aceptable, y por lo tanto debemos razonar y argumentar para encontrar los actos que sí son aceptables y políticamente prudentes.

En conclusión, así como todo hombre desea por naturaleza saber, también desea el bien común, pues es en comunidad

donde puede realizarse plenamente. Por eso es importante reflexionar sobre la política, pues es en las relaciones cotidianas en dónde vamos descubriendo quiénes somos, cómo debemos obrar, y qué es la justicia. Incluso quizás sería más preciso decir que necesitamos una filosofía política, pues no sólo basta con ordenar la sociedad hacia el bien común, sino que también debemos hacernos conscientes de los fundamentos de ese orden. He aquí uno de los principales problemas del populismo, a saber, no permite una reflexión que pueda servir de base para un sistema político. De esta manera, se pone en riesgo la convivencia democrática porque la base de una sana vida democrática es el diálogo, pero no es posible dialogar sin aceptar la existencia e importancia de la verdad.

La política: crisis y esperanza.

La colección de **Cuadernillos de Formación Ciudadana** ha sido concebida con fines exclusivamente pedagógicos, sin fines de lucro. En virtud de ello, su distribución es totalmente gratuita. De este modo, se pretende prestar un servicio a la formación cívica en nuestro país, en especial a los jóvenes, presente y futuro de las naciones.



PERSONA Y COMUNIDAD
FUNDACIÓN